TÚ, GUÍA; TÚ, SEÑOR,

Jorge ADALBERTO VAZQUEZ

MANUEL JOSÉ *Othón en el mes de julio de 1882: su juventud.*

DON GASPAR *Núñez de Arce, lo deslumbró con su endecasílabo.*

HE meditado largamente sobre el contenido de estas líneas. Hace años me atenaza el deseo de entrarme por los vericuetos de la estilística, y —a la manera del gambusino que penetra en las honduras de la tierra para explorar los socavones, buscando arrancar de sus paredes fragmentos de preciado metal, mientras alcanza a descubrir la vena subterránea del depósito áureo—, caminar paso a paso escudriñando en los renglones de la obra lírica de Manuel José Othón, seguro de que en ellos existe la mina inagotable.

Mas, como ello no es asunto propicio para una exposición periodística, que exige cierta amable ligereza aun en los temas trascendentes, hago a un lado mi sueño acaso realizable en la medida de mis fuerzas durante los años que me restan de vida. Labor ímproba; mi subconsciente viene ya echándosela a cuestas, y de ella no han podido menos de asomar algunos breves rasgos en las ocasiones en que he publicado diversas notas sobre el poeta excelso. En su oportunidad los iré asentando para hacer resaltar la fuerte personalidad de quien, conforme con mi opinión modesta es, en su género, el poeta más grande con que hasta ahora cuenta el español parnaso.

Y, ahora, empiezo a desarrollar mi breve estudio sobre Othón, que, para hacerlo más grato reduciré a una indicación comentada de sus poemas capitales, de los que irá saliendo, hasta perfeccionarse en la mente de mis lectores —que de seguro los conservarán en el recuerdo—, la egregia figura del máximo cantor de la naturaleza.

No quiero hablar de su obra primigenia. Adolece, como la de todos los principiantes, de deficiencias prosódicas que poco a poco desaparecerán mientras va avanzando en el cultivo de la métrica. Con claridad asoman las influencias de los poetas de la hora: Bécquer, Quintana, Zorrilla, acaso, aunque pronto habrá de abandonarlas, para mantener tan sólo, como guía en su camino, a Núñez de Arce, cuyo manejo del endecasílabo hubo de deslumbrarlo en modo tal que impuso el sello a sus poemas, en que la forma externa muestra la misma pulida contextura, y en que el ritmo interior vibra con igual resonancia prosódica, de modo de hacer llegar fraternalmente a nuestro oído en musical acorde las estrofas de *Hernán el Lobo* y del *Himno de los bosques*. Hablo únicamente de lo estructural numérico; de la arquitectura de las sílabas contadas. En cuanto al espíritu, cumpliendo el apotegma de Leonardo —"¡Ay del discípulo que no supere a su maestro!"— voló mucho más lejos. Cuando de Núñez de Arce no queden ya sino breves astillas luminosas, se alzará aún en plena combustión la hoguera inextinguible del *Psalmo de Fuego;* y, al recordar las alboradas deslumbrantes, se reproducirán, redivivas en nuestra memoria, las palabras con que supo el poeta describirlas:

Allá, tras las montañas orientales,
surge de pronto el sol, como una roja
llamarada de incendios colosales...

Por lo demás, el poeta mismo desdeñó su obra primigenia. En el prólogo de sus *Poemas Rústicos*, apenas si la recuerda, haciéndola a un lado al expresar que da comienzo a la tarea de presentar su obra al público "para que la aproveche, si digna es de aprovecharse, o para que la desdeñe, si debe ser despreciada por insuficiente y baladí", y expresa que es aquél "el primero de los cuatro volúmenes de que consta su obra lírica", de la que desgraciadamente, ordenada por él, no queda más que el volumen enunciado.

Invito a ustedes a leer con unción algunas de sus páginas armoniosas. Al terminar la lectura de cada uno de los poemas, que procuraré señalar cuidadosamente de acuerdo con mi personal predilección, pues no hay ninguno desdeñable, haré resaltar las, para mí, más destacadas excelencias que encierra. Y, aun cuando sean pocos, prefiero, a seleccionar trozos, insertar unos cuantos poemas íntegros.

Corresponde, indudablemente, el primer turno, al soneto inicial de los *Poemas Rústicos*, que tiene por título

INVOCACION

No apartes, adorada musa mía,
tu divino consuelo y tus favores
del alma que, nutrida en los dolores,
abrasa el sol y el desaliento enfría.

Aparece ante mí como aquel día
primero de mis jóvenes amores,
y tu falda blanquísima con flores
modestas y olorosas atavía.

¡Oh, tú, que besas mi abrasada frente
en horas de entusiasmo o de tristeza,
que resuene en tu canto, inmensamente,

tu amor a Dios, tu culto a la Belleza,
alma del Arte, y tu pasión ardiente
a la madre inmortal Naturaleza!

Está, en los catorce versos, el credo estético que normará sus pasos, el programa que se trazó para cumplirlo austeramente. Nunca faltará, en los poemas que siguen a esta invitación, ninguna de las presencias invocadas: Amor a Dios, culto a la Belleza, pasión ardiente a la madre inmortal que nos rodea. El estro del poeta gira en torno de esa trinidad de devociones, que viene a reducirse en una sola, ferviente, de la Sublime Poesía. Ha recorrido larga senda para llegar a ella; ha ido pacientemente superándose en el tránsito que el artis-

Digitalizado por Instituto Nacional de Bellas Artes
Bellas ARTES CONACULTA

Y TÚ, MAESTRO

ta se ve obligado a recorrer en su ascensión, de acuerdo con la teoría estética que con acierto inigualado expuso Alfonso Reyes. Sigámosle en su itinerario, marcando los jalones que lo llevaron a la cima.

A su primera etapa, toda ella encuadrada en las reminiscencias clásicas, pertenecen los *Sonetos Paganos* y el tríptico a *Clearco Meonio* —don Joaquín Arcadio Pagaza— gran poeta bucólico, que lo instó a cantar al modo virgiliano; tiene aquélla, antes lo he dicho ya, "la perfecta realización de la obra parnasiana, por más que empiece a transporarse en ella el alma palpitante. . . que habrá de asomar después, clara y serena, en los poemas subsecuentes". De los *Sonetos Paganos* quiero arrancar esta gema, pues me dará ocasión para mostrar la cuidadosa e inteligente labor de lima del poeta, que nunca dejó a un lado la obra publicada; a través del tiempo, sometida a acuciosas revisiones, iba transformándola hasta hacerla alcanzar la perfección perseguida. En 1879, con el título de *Venus*, dio a luz este soneto:

VENUS

Del Mar de Chipre en la risueña orilla,
medio velada por la densa bruma,
aparece flotando entre la espuma
de Citeres la virgen sin mancilla.

Pálida la color de su mejilla
como del cisne de Estrimón la pluma,
aquel trasunto de belleza suma
es de la gracia la expresión sencilla.

Todo el Olimpo la contempla. Sólo
se escucha el himno universal que entona
la diosa Poesía, de polo a polo.

Toca en la playa la gentil matrona
y en las regiones de la luz, Apolo
con su aureola de fuego la corona.

Era hermoso, incuestionablemente. Mas el poeta, inconforme, no quedó satisfecho con esa redacción primitiva. Diez años después, remodelado, lo publica en marzo de 1889 con algunas modificaciones que, al lado de otras nuevas, persisten en la versión definitiva, incluída en los *Poemas Rústicos*, donde, bajo el nombre de *Pulcherrima Dea*, figura como primero del díptico que aún lleva el nombre original de *Sonetos Paganos*. Ahora dice:

PULCHERRIMA DEA

Del Mar de Chipre en la rosada orilla,
blonda, a través de transparente bruma,
aparece flotando entre la espuma
de Citeres la virgen sin mancilla.

Es blanca la color de su mejilla,
como del cisne de Estrimón la pluma,
viste el fulgor de la Belleza suma
y de las Gracias la expresión sencilla.

Extático el Olimpo adora en ella
y se siente feliz. De polo a polo
un himno Pan enamorado entona.

Toca en la playa la gentil doncella,
y a su palacio de marfil Apolo
la lleva y ciñe con triunfal corona

Al comparar ambas versiones vemos que han sido modificados el primero y segundo versos del primer cuarteto, y el primero, tercero y cuarto del segundo; los tercetos lo han sido íntegramente. Examinemos en qué consisten las modificaciones, para apreciar el acierto de las mismas.

En el primer verso del primer cuarteto fue únicamente sustituído el adjetivo *risueña* por *rosada*. Con ello elimina la prosopopeya, y resucita, mediante un toque de color, la gracia evocadora de la Grecia amable. El segundo verso va mucho más lejos. La figura borrosa de la *dea*

medio velada por la densa bruma,

aparece ahora en su rubio esplendor

blonda, a través de transparente bruma,

mitigada su luminosidad por aquel tul cerúleo que nos evita los deslumbramientos.

El segundo cuarteto y los tercetos alcanzan en la versión definitiva altura insospechada. Ha desaparecido el calificativo *pálida*, impropiamente aplicado a *la color* de la pluma del cisne de Estrimón, y ahora, con toda exactitud, ostenta el de blanca; en lugar de

aquel trasunto de belleza suma
es de la gracia la expresión sencilla,

MANUEL JOSÉ *Othón en 1899.*

J. M. QUINTANA *es una de las influencias notables en Othón.*

Digitalizado por Instituto Nacional de Bellas Artes CONACULTA

ESTA ES *la imagen que se considera la definitiva de Othón.*

GUSTAVO ADOLFO *Bécquer, arriba, y José Zorrilla; influencias.*

magníficamente la describe ahora:

viste el fulgor de la Belleza suma
y de las Gracias la expresión sencilla.

Dejo a mis lectores, a quienes he llevado de la mano en estos dos cuartetos, el placer del hallazgo, por sí mismos, de los relieves poderosos que han cobrado los tercetos de la versión incluída en los *Poemas Rústicos.*

Superada ya la primera etapa, en que *el hombre de letras* ha estado presente, el poeta se nos muestra ahora en su segundo aspecto: *el hombre imaginativo*, que, "a través de las influencias librescas ya más alejadas", nos trae membranzas de lecturas y de sugestiones recibidas. *La Noche Rústica de Walpurgis*, excelentísimo poema que no inserto porque nos llevaría un espacio precioso que necesito para dedicar a otros poemas, a mi juicio más importantes en el desarrollo de la semblanza que vengo trazando, ¿no ha sido acaso inspirada por una página del *Fausto?*

Girando sobre el gozne de la tercera etapa, se encuentra el díptico *Frondas y Glebas.* Invitado el poeta por Pagaza para que le enviase un soneto con el tema *Una estepa del Nazas*, cumple la petición precediéndolo de otro, al que primitivamente denomina *Paraíso Huasteco*, y en su título final *Orillas del Papaloapan.* Corresponde en su integridad a la etapa imaginativa. Describe de acuerdo con lo que su mente le sugiere. Oigámoslo:

FRONDAS Y GLEBAS

A CLEARCO MEONIO.

ORILLAS DEL PAPALOAPAN

Adivino los fértiles parajes
que baña el río, y la pomposa vega
que con su linfa palpitante riega,
desmenuzado en trémulos encajes;

la basílica inmensa de follajes
que empaña la calina veraniega
y la furiosa inundación anega,
en túmidos e hirvientes oleajes.

Cerca de allí, cual fatigado nauta
que cruza sin cesar el océano,
reposo tu alma halló, serena y cauta.

Allí te ven mis ojos, soberano
pastor, firme en tu báculo, y la flauta,
que fue de Pan, en tu sagrada mano.

Bien construído, no alcanza las regiones de la excelsitud. Mas entrémonos por la grandiosa arquitectura del segundo para sorprendernos ante la magnificencia que, ahora sí, alcanza el *hombre expresivo:*

UNA ESTEPA DEL NAZAS

¡Ni un verdecido alcor, ni una pradera!
Tan sólo miro, de mi vista enfrente,
la llanura sin fin, seca y ardiente,
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil ni una rompiente,
y al ras del horizonte, el sol poniente
cual la boca de un horno reverbera.

Y en esta gama gris, que no abrillanta
ningún color; aquí, do el aire azota
con ígneo soplo la reseca planta,

sólo, al romper su cárcel, la bellota
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca nota.

¡Cómo sabe verterse al describir —*negativamente* dice Jesús Zavala— aquel paisaje desolado! ¡Y cómo sabe iluminar los grises apagados con la albura de su final toque luminoso!

El poeta alcanzó ya las cumbres inholladas. Ahora sus versos descenderán triunfales a acrecer el acervo de la poesía inmortal. El Estado de San Luis Potosí debe sentir el orgullo de saberse cuna del más grande poeta que en el género descriptivo haya dado el idioma español. Quiero repetir, una vez más, las frases que estampé hace muchos años, en viejo libro de juventud: *Por Campos Ubérrimos*, seguro y convencido de que encierran una verdad manifiesta: "Sólo, quizás, remontándonos hasta Fray Luis de León y Garcilaso, podremos encontrar, aunadas, la intensidad emotiva y la perfección métrica que sorprenden en cada uno de los períodos del poema que acabamos de citar".

Sorprende observar que en poema de tan largo aliento, no haya una sola estancia débil, un verso flojo, una palabra que no llene con exactitud su cometido. Es que Manuel José Othón, hablista consumado, manejó siempre con sobriedad y economía el idioma, empleando en su vocabulario los términos usuales, a los que dignificaba y ennoblecía con su acertada y oportuna colocación dentro de la frase métrica, que así le resultó siempre numerosa y eufónica. Su adjetivación, en todas las ocasiones, fue elemental y justa: nada de buscar esas relaciones sutiles y lejanas entre el sustantivo y el calificativo que, ahora, al seguir la pauta marcada por Herrera y Reissig, por Lugones y por López Velarde, quieren hacer lucir con brillo oropelesco en sus renglones cortos los poetas del minuto. Y, no obstante, ¡con qué maestría da a la palabra las tonalidades que le exige el tema! Hay una verdadera orquestación sinfónica a lo largo del *Himno de los Bosques;* en veces, el verso murmura gárrulamente con el manso correr del arroyuelo; en otras, retumba con el tableteo del trueno al describir la tempestad que azota las montañas, y si se enciende en el fulgor de las rojas alboradas, se torna deslumbrante en el crudo fulgor del medio día, para venir a envolverse en el violeta mortecino cuando la tarde, en la expresión de su agonía, hace que ascienda hasta la altura la oración inmensa que desborda del alma del poeta en éxtasis, ante el prodigio vislumbrado en el transcurso de aquel día tropical.

Tras ese caudaloso alarde de elocuencia, en que los versos se han volcado como una catarata, quiero recordar una composición que parece hecha con jirones de espuma y desgarrados plumones de la niebla. Pasa todo en un mundo fan-

Digitalizado por Instituto Nacional de Bellas Artes
Bellas ARTES CONACULTA

tasmagórico, irreal, pero que vive dentro de nosotros con el recuerdo cándido de los guardianes angélicos que nuestras madres gustaron siempre de colocar al lado de las cunas que mecieron nuestros sueños pueriles. De estos seis magistrales sonetos veremos surgir, corporizadas, las figuras radiantes del querubín de la alborada que hace vibrar la nota del amor en su clarín de plata, del arcángel del medio día a cuya voz responde el celeste coro de los ángeles, y, ondulante y trémulo, al ángel de la noche que, en vuelo silencioso hacia la altura, se desvanece al fin "en oración y lágrima y suspiro". Por la escala de estos sonetos sentimos que también nosotros ascendemos hacia lo imponderable, y que nuestro pensamiento va a deshacerse conjuntamente con la gasa intangible donde se ciernen las angélicas moradas.

Mas debo irme acercando hacia el final. Quiero, en él, transcribir algunas líneas de mi libro *Perfil y esencia de la poesía mexicana*, porque en ellas se consignan algunas apreciaciones sobre el estilo del poeta, que considero útil reiterar:

"Los retóricos, al hablar de la armonía imitativa la dividen en dos maneras o formas: la onomatopéyica, que se logra mediante el uso de letras, sílabas y palabras con las cuales se pretende reproducir los sonidos escuchados, y la ideológica, que se utiliza para producir la sensación del movimiento que se describe o el estado de alma que habrá de ser su correspondiente en nuestro ánimo. Ejemplos de la primera, que tomamos de Fray Luis de León:

Los árboles menea
con un manso ruido...

La combatida antena
cruje...

y de Lope:

Horrísono fragor de ronco trueno,

o de estos otros versos de autor cuyo nombre se me escapa ahora:

Con más erres y más ruido
que carro por pedregal...

"De la segunda, este felicísimo hallazgo de Argensola, al hablar del avaro:

...en el angosto lecho
haz que temblando y con sudor despierte...

"¿Podrán ser inferiores éstos que, no aislados, sino en serie no interrumpida, encontramos en el *Himno de los bosques?*

Bajo hasta la llanura. Hinchado el río
arrastra en pos peñascos y troncones
que con las ondas encrespadas luchan.
En las entrañas del abismo frío
que parecen hervir, palpitaciones
de una monstruosa víscera se escuchan.
Retorcidas raíces, al empuje
feroz, rompen su cárcel de terrones.
Se desgaja el espléndido follaje
del viejo tronco que al rajarse cruje;
el huracán golpea los peñones,
su última racha entre las grietas zumba
y es su postrer rugido de coraje
el trueno, que alejándose, retumba
sobre el desierto y lóbrego paisaje...

"Y las insuperables de movimiento del *Psalmo del Fuego*:

Mas, cuando ya cansado
continúa el viajero
remontando el sendero
tan dolorosamente prolongado...

Se destacan, al pie de los cantiles,
do crepitan, ardiendo los tizones,
de piedras y troncones
los trémulos perfiles,
y en las venas se siente
la sangre circular a borbotones,
aceleradamente.

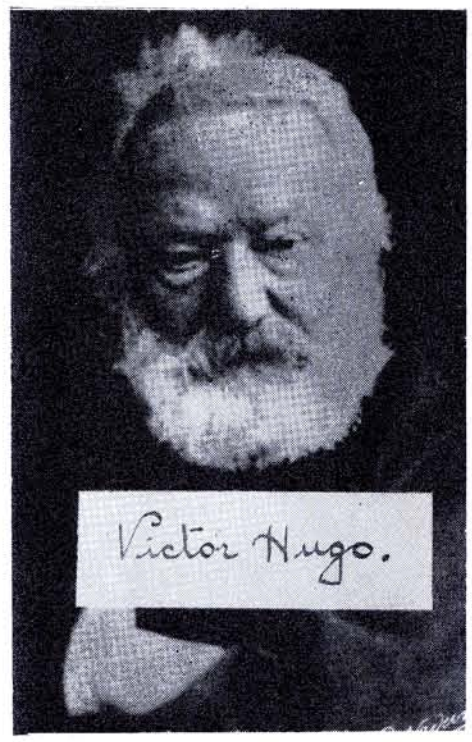
"Observemos cómo, el uso de la misma forma adverbial, logra, por la maestría del escritor, efectos diametralmente opuestos. Primero, haciendo interminable aquel camino tan dolorosamente prolongado: después, activando el fluír de la sangre hasta hacerla circular a borbotones, aceleradamente. He aquí lo que es la magia del estilo, el dominio del léxico para los señores del idioma".

La poesía de Othón, aun dentro de su emoción contenida, del nimio cuidado de la forma, —que vigila escrupulosamente, para impedir que se le escape un ripio o una incorrección— provoca en sus lectores el sentimiento de estar en presencia del alma del paisaje, que aflora evocada por su cantor devoto. Los árboles, los pájaros, el torrente y la montaña cobran vida en el poema, y un soplo genesíaco viene de ellos hasta nosotros para abrasarnos con su aliento. Y es ese el dinamismo del paisaje estático: el que, como la sangre por las venas, corre bajo la piel del cuerpo inmóvil, sin que su movimiento sea visible, pero sí sentido. Nadie, como Othón, pudo lograr ese prodigio que lo pone, acaso, a la cabeza de todos los poetas descriptivos. Así coloca en primer término a nuestra poesía en esa rama de la lírica.

Posteriormente, en sus poemas últimos, la nota subjetiva se acentúa, y cobra un gran sentido autobiográfico en tres de ellos, *Elegía en memoria de don Rafael Angel de la Peña, Canto del Regreso y En el desierto-Idilio Salvaje*, que nos permite contemplar diversos matices de la tristeza, que fue compañera inseparable de los años postrimeros del poeta: con la apacible dulcedumbre de una melancólica nostalgia en los primeros; desgarradora e hiriente en el tremendo alarido del último, que parece salirse de lo humano al maldecir, con vigorosa imprecación, al recuerdo y al olvido, cuando se siente preso en los garfios de la angustia, residuo pavoroso de un amor que se perdió al hundirse en el desierto más trágico con que haya tropezado el hombre: el que deja en el corazón y el pensamiento una pasión tormentosa que se extingue.

Concluyo este homenaje para el poeta potosino con las palabras magníficas de Dante, a su mentor Virgilio:

Tu duca, tu signore, e tu maestro...



VÍCTOR HUGO *es la figura cumbre del Romanticismo francés.*

MANUEL ACUÑA.

EL ROMANTICISMO *prendió en todas partes. Y en Julio Flores.*

Digitalizado por Instituto Nacional de Bellas Artes CONACULTA